

# EL TIEMPO MUERTO

Cristián Londoño Proaño



Ilustración de Pablo Lara

Trilogía "El instinto de la luz"  
Libro II

# EL TIEMPO MUERTO

LIBRO II DE LA TRILOGIA  
EL INSTINTO DE LA LUZ

Cristián Londoño Proaño

El instinto de la luz

El tiempo muerto (libro II)

1era edición en papel: editorial Norma, marzo 2015

1era edición digital: septiembre 2018

Cristián Londoño Proaño

Publicado por Cristian Londoño Proaño

Copyright 2018 Cristian Londoño Proaño

Quito, Ecuador

ISBN:

Ilustración: Pablo Lara

Diseño de portada: Diego Maenza

## 1

Mi madre abrió las cortinas, dejando que la débil luz de las primeras horas de la mañana se filtrara en mi habitación y cubriera mi cama, los veladores y el escritorio. Me había hecho despertar. Me di cuenta de que sus ojos dulces habían perdido su acostumbrado brillo y sus músculos faciales estaban tensos.

—Un cuarto para la seis de la mañana golpearon la puerta —contó, sentándose en el filo de la cama—. Tu padre y yo nos preocupamos. Él se puso un saco de lana y fue a atender la puerta. Luego de unos minutos regresó al cuarto. Mientras se vestía, me dijo que el líder del pueblo y el yachac vinieron a avisarle que dos familias habían sido embrujadas.

Me incorporé de la cama, preocupado, y me senté junto a mi madre.

—¿Qué familias fueron embrujadas? — pregunté.

—Tu padre dijo que los Misalema y los Guano. Cuando escuché el último apellido sentí que una corriente fría circulaba por mi columna vertebral.

—¿Dolores está embrujada? —averigüé angustiado.

—No lo sé, Awi —lamentó mi madre.

Bajó su cabeza y frotó sus manos.

—Antes de marcharse, tu padre dijo que el líder convocó a una reunión urgente para las diez de la mañana, en la casa de la familia Guano. Taita Wairi le pidió que te dijera que te esperaba afuera de la casa de la familia Misalema.

Como siempre, el viejo yachac no perdía tiempo y actuaba con rapidez.

Mientras mi madre se levantaba de la cama, me quedé cautivado al mirar sus ojos grises, su nariz ancha y su cabello largo. Dijo que me prepararía el desayuno y abandonó la habitación.

Me puse las medias y el pantalón. Recordé aquella ocasión en que Taita Wairi me enseñó sobre las formas de combatir los maleficios y los embrujos. Me dijo que debía viajar a Jahua Pacha, el mundo de arriba y preguntar a nuestros ancestros sobre el hechizo que habían utilizado; y aseguró, que ellos siempre tenían la respuesta. Sus consejos eran difíciles de practicar, yo todavía no conocía el camino hacia Jahua Pacha. Como todo lo que me había enseñado el yachac, confiaba que el conocimiento llegaría con el tiempo, similar a todo lo que había aprendido mediante la experiencia. Por ejemplo, cuando descubrí que el difunto Chusko, el chamán de alma negra, quería volver a la vida, aprendí que el mal podía hacer el daño a cualquier persona con tal de cumplir sus objetivos. Cada vez aprender algo diferente me resultaba complicado, me decía que debía hacer mi mayor esfuerzo para entender los conocimientos que me impartía el viejo yachac.

Mientras me ponía el saco de lana, recordaba cómo el ambiente en el pueblo se había enrarecido

desde el instante en que el difunto Chusko envió a sus criaturas a buscar sus pertenencias para regresar de la muerte y vengarse del pueblo. El yachac y yo sabíamos que, mientras no encontráramos las pertenencias del Chusko, los embrujos, los maleficios y hechizos seguirían produciéndose. Solo habíamos encontrado el libro de apuntes del Chusko, la primera de sus pertenencias; faltaban las seis restantes.

Me puse mi cadena de cuero natural con el dije solar, tomé mi bolsa de lana y salí de la habitación.

Entré en el comedor. En mi puesto, al lado derecho de la mesa, estaba un jarro con chocolate caliente y un pan con queso fresco. Me senté y comencé a comer.

Mientras masticaba el pan, a través de la ventana, miré el cielo encapotado. Hacía frío. En ese instante, percibí que la energía del pueblo se había agitado.

Terminé el último trozo del pan y me limpié la boca. Mi madre se asomó por la puerta de la cocina. Se veía nerviosa, movió sus manos y frunció la comisura de los labios.

—Cuídate, Awi —dijo.

Me levanté de la mesa, le agradecí y me acerqué. Miré sus ojos opacos y muy tristes. La entendía. Tanto ella como yo sabíamos que nuevamente el mal había atacado al pueblo. Yo caminaría por senderos desconocidos, poniendo en riesgo mi vida; que no tenía alternativa, porque era el viñachiska del yachac, el hijo espiritual de Taita Wairi. Mi destino estaba marcado y no tenía forma de sortearlo.

—No te preocupes, mamá —dije, tratando de calmarla.

Le di un beso en la mejilla, esperando que mi cariño pudiera disminuir su angustia. Me di media vuelta y salí de la casa.